

El Mosaico Sagrado – por Emporiomano

La lluvia golpeaba con insistencia el cristal de la ventana de la oficina de Sara cuando colgó el teléfono. La voz de la directora del colegio de su hijo Lucas aún sonaba en sus oídos, cargada de una incomodidad mal disimulada.

–Señora Martín, es por el dibujo de Lucas. El de la familia.

Al recogerlo en el colegio, las calles brillaban húmedas bajo el cielo plomizo. Lucas se sentó en el asiento trasero con la mochila en las rodillas. Su voz, pequeña y seriamente preocupada, rompió el silencio.

–Mamá, ¿me he portado mal? La señorita Elena me ha puesto una cara rara cuando he entregado el dibujo.

–No, cariño, para nada. Solo quieren comentar algo conmigo.

Al día siguiente, Sara se sentó en el despacho de la directora frente a ella, la señora Ortiz, y la tutora, Elena. Sobre la mesa descansaba el dibujo de Lucas. Representaba una casa moderna, con grandes ventanales, que flotaba sobre un paisaje abstracto de líneas verdes y azules.

Dentro, tres figuras: una grande (ella), una mediana (Lucas) y otra más pequeña, con una cabeza desproporcionadamente grande y un lápiz en la mano. Su hijo menor, Pablo, que aún no había nacido pero que ya ocupaba un espacio definido en la imaginación de su hermano.

–Es muy creativo –dijo la tutora–, pero el tema era "La Sagrada Familia". Lucas se ha salido del guion. Aquí no hay santos, ni establos, ni... nada que se le parezca.

–Mi hijo ha dibujado su familia. Y la casa futura en la que soñamos vivir. Es lo que él entiende por sagrado.

–Comprendemos que su hogar profesa el ateísmo –intervino la directora, con un deje de condescendencia–. Pero la actividad tenía un objetivo concreto: entender nuestras tradiciones culturales. Lucas se ha salido del guion.

–Señora Ortiz, Elena –dijo, midiendo cuidadosamente sus palabras–. En esta clase hay niños de cinco nacionalidades diferentes. Los hay cuyos padres rezan orientados a La Meca, los que encienden velas los viernes por la noche, los que no creen en nada sobrenatural y los que, como Lucas, creen que la estructura que sostiene un techo sobre una familia es lo más parecido a un milagro. ¿No sería más enriquecedor para todos hablar de la diversidad, de lo que cada uno considera sagrado, en lugar de imponer una única narrativa?

–No se trata de imponer, se trata de preservar nuestra identidad cultural –replicó la directora.

–¿Y la identidad de mi hijo? ¿La del Amir, cuya familia es musulmana practicante? ¿La de Lia, cuyas dos madres celebraron una boda civil y crían a su hija con amor? ¿Acaso sus verdades no merecen el mismo respeto?

–Déjenme, por favor, hacerme cargo de la próxima sesión de "Valores Sociales y Cívicos". Yo me encargaré de preparar la actividad y los materiales.

La directora y la tutora se miraron, sorprendidas por el giro. Tras un silencio que se hizo largo, asintieron con visible recelo.

Una semana después, Sara entró en el aula de su hijo cargada con una caja de cartón llena de materiales. Veinte pares de ojos infantiles la miraban con curiosidad expectante.

–Buenos días. Hoy no vamos a dibujar. Vamos a construir.

Repartió palillos de helado, pegamento, trozos de cartón, plastilina de colores y pequeñas piezas de Lego.

–Cada uno de vosotros va a construir un sitio especial, importante, donde os sintáis felices y en paz.

Los niños se pusieron manos a la obra. Lucas erigió una torre con ascensor. Amir construyó una mezquita con plastilina. Lia hizo una casita con dos figuras femeninas en la puerta. Otros hicieron un campo de fútbol, una biblioteca, incluso una iglesia.

Mientras trabajaban, Sara preguntaba:

–Lucas, ¿por qué es sagrada tu torre?

–Porque desde arriba se ve todo y nadie te molesta para pensar.

–Amir, ¿tu mezquita?

–Porque allí hablo con Alá y me siento en paz.

–Lia, ¿tu casita?

–Porque es donde vivo con mamá y ma.

Al final, la mesa era un mapa de pequeñas cosmologías personales. La directora, que había observado desde la puerta, entró en silencio. Recorrió la mesa con la mirada, deteniéndose en cada construcción. Su rostro se suavizó.

Cogió tiza y escribió en la pizarra: RESPETO.

–Esto –dijo señalando las maquetas– es mucho más importante que cualquier lección.

Esa tarde, Lucas mostró orgulloso su torre reforzada.

–¿La señora Ortiz se ha enfadado?

–No, cariño. Entendió que la familia más sagrada es la humana.

Abrazándolo, Sara miró la ciudad por la ventana: un mosaico de luces, hogares y creencias, maravillosamente imperfecto en su diversidad.